

INSTALACIÓN DEL FORO AMBIENTAL MUNDIAL A NIVEL MINISTERIAL

Cartagena de Indias, 13 de febrero de 2002

Hace diez años los líderes ambientales del mundo lograron realizar un evento sin precedentes: una Cumbre de la Tierra al más alto nivel presidencial, en la que el concepto de desarrollo sostenible pasó a manos de todos los sectores de la sociedad mundial.

En aquella ocasión un sinnúmero de actores entendió la importancia de lograr ese balance adecuado entre lo económico, lo social, lo ambiental y lo cultural, plasmando sus intenciones en una Carta de principios básicos cuyo respeto nos pondría en la ruta para la obtención del desarrollo humano sostenible.

Sin embargo, 10 años después de Río estamos evidenciando que el mundo se aparta cada día más de este concepto. La pobreza y el desempleo se agravan a nivel mundial. Varios millones de seres humanos continúan padeciendo hambre y careciendo de las mínimas condiciones necesarias para alcanzar su desarrollo sostenible. La llamada “globalización”, con sus bondades y desventajas, pero ante todo con su inobjetable realidad, se ha traducido en un incremento de la brecha entre ricos y pobres, además de que hace más imperiosa la necesidad de preservar y respetar nuestras culturas y creencias.

La inestabilidad económica en diferentes naciones del mundo cuestiona los modelos de desarrollo que hasta ahora han prevalecido.

Así mismo, y como alertó el *World Watch Institute* en su informe sobre el medio ambiente mundial presentado este año, los riesgos ambientales globales son cada día mayores y la necesidad de afrontarlos es cada vez más urgente. Basta citar ejemplos como el cambio climático y la pérdida de la biodiversidad. Sin embargo, los compromisos de financiamiento no se han cumplido y actualmente nos encontramos con cuantiosos pasivos y retos ambientales para los cuales aún no existe financiamiento.

Hoy el panorama mundial se enfrenta, además, a un enemigo cobarde: el terrorismo. La tragedia del 11 de septiembre nos puso en alerta ante la existencia de grupos extremistas que están dispuestos a amedrentar y a acabar con la vida de miles de víctimas inocentes a través de las armas del terror. Este flagelo también atenta contra el desarrollo sostenible.

Miremos el caso de Colombia. Al tiempo que estamos tratando de conciliar una paz duradera con los grupos alzados en armas mediante el diálogo y la negociación política, estamos sufriendo los más terribles atentados que afectan la tranquilidad y el desarrollo

de todo el país. Bombas que dejan familias humildes muertas; voladuras de torres eléctricas, de oleoductos y demás agresiones contra la infraestructura nacional, ponen en riesgo no sólo el medio ambiente sino también la vida misma de los colombianos. Todo esto está patrocinado, para colmo, por los cuantiosos recursos provenientes del narcotráfico, del secuestro y la extorsión.

Hay quienes en este país están tratando de convertir el agua en un arma de guerra, desafiando las mínimas normas del Derecho Internacional Humanitario. Hace dos semanas se realizó un atentado contra el acueducto de Chingaza, proveedor del 70% del agua para la ciudad de Bogotá y municipios vecinos, vulnerando la vida y la integridad de cerca de 8 millones de colombianos. De nuevo, hace una semana, un artefacto explosivo detonado en el acueducto del municipio de Pailitas en el Departamento del Cesar dejó sin agua a una población de 20.000 habitantes.

Hoy quiero pedirles, como representantes que son del mundo entero, que se nos unan en el clamor por la defensa del agua y de la vida de los inocentes en nuestro país. Quienes atentan contra este bien común deben entender que están poniendo en juego su propia supervivencia y la de todos los colombianos. Hasta en las peores guerras, nadie ha osado atacar contra el agua, como principio ético y humanitario.

El respeto al medio ambiente debe ser también, sin duda, parte primordial de la negociación con los grupos subversivos. ¡No puede ser que sigan atentando contra el oleoducto, derramando ingentes cantidades de petróleo sobre la red fluvial del país, acabando con la fauna y la flora a su alrededor! ¡No puede ser que sigan atentando contra las torres de energía, ni que sigan sembrando el suelo colombiano de minas antipersonales! Es imperioso que abandonen sus nexos con el negocio del narcotráfico, que es el más grande deforestador de nuestro país.

Se calcula que en los últimos 10 años se han destruido, por causa de la droga, cerca de un millón de hectáreas de bosques naturales en Colombia. Como una forma de luchar contra este flagelo, durante mi Gobierno he liderado programas de sustitución manual y voluntaria de cultivos ilícitos que avanzan con buenas perspectivas en el sur de Colombia, donde los campesinos y los indígenas se están acogiendo a los programas y las alternativas que les brinda el Gobierno.

Estos programas son válidos frente a los pequeños cultivadores, pero, infortunadamente, no resultan aplicables para contrarrestar los cultivos ilícitos a escala industrial. En estos casos sigue siendo necesaria la fumigación. Sin embargo, la comunidad internacional

puede tener la seguridad de que, en dichos eventos, hacemos hasta lo imposible para no comprometer el medio ambiente. Es más: nos hemos negado a usar elementos exógenos como el hongo fusarium oxisporum, para evitar riesgos de deterioro no sólo ambiental, sino también en la salud humana.

Y es importante hacer una claridad adicional: es mucho mayor el daño ambiental que producen los narcotraficantes para sembrar y producir la droga que el que pudiera derivarse de los procesos de fumigación que realiza el Gobierno sobre los cultivos ilícitos extensos, donde se utilizan parámetros técnicos rigurosos para minimizar los efectos nocivos en la población y el medio ambiente. En efecto, para dar un ejemplo, mientras en 1998 se emplearon 150 mil litros del herbicida glifosato para fumigar, el narcotráfico empleaba 163 mil toneladas de químicos para la siembra y el procesamiento de droga.

Se estima que en los últimos 15 años se utilizaron, para la producción de estupefacientes, más de 900 mil toneladas de precursores químicos, cuyos desechos generalmente van a parar a las ríos de nuestro territorio. Así que, como pueden ver, en este caso no se puede decir que el remedio sea peor que la enfermedad. Dejar crecer el negocio de la droga, alegando motivos

ecológicos, sería la más funesta y equivocada alternativa para el medio ambiente no sólo colombiano, sino mundial.

Pero volvamos al balance de esta última década después de la Cumbre de la Tierra. Porque no todas han sido malas noticias. También debemos resaltar importantes avances: Los recursos humanos y tecnológicos con que contamos están más presentes que nunca. Gente mejor educada tiene ahora a su disposición enormes recursos de información compartida que hace del conocimiento una enorme herramienta para el futuro. Las diferencias de pensamiento en el campo del comercio internacional han hecho que reflexionemos sobre los modelos de globalización. Después de la Conferencia Ministerial de Doha se han abierto alternativas que acercan el diálogo entre el desarrollo, el comercio y el medio ambiente. Hoy, mas que nunca, nos cuestionamos el verdadero significado de la calidad de vida. Empezamos a ver comunidades enteras que reflexionan sobre el consumo y el despilfarro, construyendo nuevos modelos de desarrollo que utilizan mas eficientemente los recursos naturales. Hoy, sin duda, estamos dispuestos a innovar en medio de la crisis.

Ante este panorama, la humanidad parece lista para enfrentar los desafíos generados por su propia conducta. Colombia, por su parte, está dispuesta a enfrentarlos.

Hoy quisiera llamar la atención sobre por lo menos cinco retos del desarrollo sostenible que deberían marcar la pauta de nuestro camino en esta encrucijada de los tiempos, cuando el tercer milenio se ha inaugurado en medio de la incertidumbre y la reflexión hacia el cambio. Ojalá ustedes los compartan conmigo:

El primer reto es la construcción de una nueva ética mundial: Una ética donde el bienestar de todos prevalezca sobre el de unos pocos; en donde no haya primer y tercer mundo. Una ética que nos lleve a pensar mas seriamente en los verdaderos valores de la vida en lugar de defendernos de las agresiones hacia la muerte. Una ética que nos haga conscientes de que todos estamos en una misma nave espacial, nuestro planeta tierra, y de que cualquier falla en esta nave nos afectará a todos. Una ética que nos ilumine para aceptar nuestras diferencias y potenciar los buenos valores de las diversas culturas. Al final pretendemos un mundo más equitativo y justo donde los valores no dependan de la cantidad de acumulación económica que alcancemos sino de la felicidad y tranquilidad con que vivamos. Donde la relación del hombre con la tierra y con la naturaleza no sea solamente económica sino vital.

Para ello, es imperativo reconocer el valor de la vida y de los recursos naturales que la sustentan. No se trata de caridad o de

filantropía internacional: se trata de la supervivencia de la especie humana. La resolución de los problemas ambientales mundiales es inaplazable, ya que constituyen una amenaza presente que no podemos ignorar.

En este contexto, nos encontramos con el segundo reto: enfrentar hoy los problemas ambientales mundiales. La acumulación de los pasivos ambientales nos ha demostrado que es más costosa la remediación que la prevención. Por esto requerimos contar con el financiamiento necesario para avanzar en la implementación de los convenios. Necesitamos coherencia y articulación para no duplicar esfuerzos y, al contrario, potenciar los recursos disponibles. Es imperativo que hagamos todos los esfuerzos para acordar avances en los convenios internacionales, a la vez que asumamos cada uno el reto a nivel nacional.

Colombia ha asumido este reto. Hoy somos parte de prácticamente todos los acuerdos multilaterales ambientales. Participamos activamente en las negociaciones en el marco de los Convenios de Cambio Climático, Biodiversidad, CITES, RAMSAR, Convenio de Basilea y Protocolo de Montreal, entre otros.

Igualmente, en cabeza de nuestro Ministro de Medio Ambiente, Colombia presidió en este mismo recinto las negociaciones del

Protocolo de Cartagena sobre Bioseguridad y logró que más de 140 países reunidos en Montreal, Canadá, aprobaran el texto final del acuerdo para reducir los posibles riesgos resultantes del movimiento transfronterizo de Organismos Vivos Modificados.

El éxito de la negociación del Protocolo de Cartagena sobre Bioseguridad marcó un momento histórico y un gran avance para los acuerdos internacionales, particularmente en lo que atañe a la relación entre comercio y medio ambiente y al principio de precaución.

Sería de nuestro mayor interés que el conjunto de las negociaciones avanzaran en forma acelerada hacia consensos mundiales, dedicando mas reflexión hacia los verdaderos compromisos y acciones a desarrollar, y menos tiempo y recursos económicos hacia las precisiones de forma y pequeñeces que a veces nos agobian.

En el ámbito de cada una de nuestras naciones tenemos el desafío de actuar. Por ello esbozo **el tercer reto: Poner en vigencia los compromisos que firmamos**. Esto requiere instituciones sólidas, Gobiernos que entiendan la dimensión de estas prioridades, democracias estables y participativas, y leyes que vayan en línea con el desarrollo sostenible.

Permítanme otra vez poner el ejemplo de mi país, porque en Colombia estos fundamentos son hoy una realidad. Particularmente, con la Constitución Política de 1991, dimos un paso trascendental al incluir en varios de sus acápites el tema ambiental. Por ejemplo, se consagró el derecho de todas las personas de gozar de un medio ambiente sano y de participar en las decisiones que puedan afectarlo.

En 1993 se creó el Ministerio de Medio Ambiente y el Sistema Nacional Ambiental, que representan un modelo único en la región. El Ministerio de Medio Ambiente es el encargado de elaborar las políticas ambientales y de coordinar, a través del Sistema Nacional Ambiental, su aplicación en el territorio Nacional. Además del Ministerio, el Sistema Nacional Ambiental cuenta con 33 Corporaciones Autónomas Regionales encargadas de ejecutar estas políticas en el país, constituyéndose así en un sistema descentralizado, autónomo y participativo en las regiones. Igualmente, el Sistema cuenta con cinco Institutos de Investigación encargados de darnos los conocimientos científicos necesarios para la mejor toma de decisiones. Además, tenemos un sistema de Parques Nacionales con 46 áreas protegidas que abarcan el 9% del territorio nacional.

A todo este andamiaje institucional se le suman los demás actores del Sistema: Los otros ministerios y entidades del Estado, así como los departamentos y municipios con responsabilidades ambientales definidas. Las organizaciones no gubernamentales y la sociedad civil que lideran con sus acciones la protección ambiental. Las comunidades indígenas que hoy son dueñas de sus territorios: el 28% del territorio nacional se ha titulado como resguardo indígena. Las comunidades negras y de campesinos que cuentan con planes de etnodesarrollo y de convivencia ejemplares hacia el desarrollo sostenible. Finalmente, un sector privado que ha liderado programas hacia la producción más limpia y los mercados verdes.

Todas estas instancias se congregan en el Consejo Nacional Ambiental, en donde se aprueban de manera concertada y con responsabilidades comunes las diversas políticas ambientales. Asimismo, el Ministro de Medio Ambiente tiene asiento en el Consejo de Políticas Económicas y Sociales y en el Consejo de Comercio Exterior, donde se entrelazan y discuten los temas en línea con el concepto de desarrollo sostenible.

Cuando se inició mi Gobierno hace tres años y medio, este gran sistema hacia sus esfuerzos por consolidarse. Es así como entendimos que la mejor manera de articularlo era elaborando un plan de desarrollo ambiental que contara con la participación de

todos. El Proyecto Colectivo Ambiental se consolidó, entonces, como la carta de navegación ambiental a largo plazo. En él, con una visión ecosistémica, articulamos el agua, como eje integrador de la política, con los bosques, la biodiversidad, la producción más limpia, los mercados verdes y el medio ambiente urbano.

Todos los esfuerzos son pocos para preservar la gran riqueza natural de Colombia. Ustedes saben, apreciados amigos, que el territorio privilegiado y hospitalario que hoy los acoge, cuya extensión es de menos del 1% de la superficie de la tierra, concentra el 13% de la biodiversidad del planeta, lo que nos convierte en uno de los diez países megadiversos del mundo. Así mismo contamos con valiosos recursos hídricos y con dos océanos que enriquecen nuestras costas. Nuestros diversos ecosistemas, continentales y marítimos, incluyen desde la Amazonía, la Orinoquía y los Andes, hasta el Chocó y la Costa Atlántica, así como 980 kilómetros cuadrados de mar territorial.

Sabemos que, tal como reconoció recientemente el Director Klaus Toepfer, Colombia ha tenido importantes avances en materia ambiental y se ha ganado el respeto de otras naciones. Pero también somos conscientes, como también lo ha indicado el Doctor Toepfer, de que los países de mayor biodiversidad, como el

nuestro, no se están beneficiando de su propia diversidad biológica.

Esto me lleva a plantear el cuarto reto: **utilizar la ciencia y la tecnología en beneficio del hombre**. Quiero realzar aquí la palabra “beneficio”, pues me preocupa ver los esfuerzos tecnológicos que se ocupan de potenciar la guerra, tales como las armas químicas y nucleares. Asimismo, se hace urgente que la biotecnología, con sus incontables avances, no pierda el norte de su sentido humano y se base siempre en principios de precaución y de ética. De especial realce son todos los avances en producción mas limpia, en uso eficiente de recursos, en acceso a la información, en salud y en muchos otros campos que han permitido logros incalculables para la humanidad.

Enfatizo también en la necesidad de estrechar los lazos entre la ciencia y la política para que nuestras decisiones políticas se estructuren con base en el conocimiento científico.

En Colombia, como ya comenté, contamos con 5 institutos de investigación ambiental sobre biodiversidad; mares y costas; meteorología e información ambiental; el Pacífico, y la Amazonía, que proveen la información necesaria para la formulación de políticas y la gestión ambiental.

El quinto gran reto es: La Paz Mundial. Como dije al principio de esta intervención: tenemos que luchar por la defensa de la vida. Esa debe ser nuestra prioridad. Los recursos que muchos países están dedicando a la guerra podrían invertirse en la preservación de la vida, del medio ambiente y al desarrollo sostenible de nuestros pueblos. La guerra genera cuantiosos daños al medio ambiente. En este momento de la historia es imperativo que unamos nuestros lazos fraternales hacia el propósito de la paz. Lo digo desde Colombia, un país golpeado por la actitud violenta de unos pocos intolerantes, que se aferra, sin embargo, a la esperanza de la paz y que trabaja día a día para alcanzarla.

Apreciados amigos:

No quiero terminar sin hacer algunas reflexiones en torno al tema que hoy nos convoca sobre la gobernanza ambiental internacional.

A este respecto, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente –PNUMA– constituye un eje central en el fortalecimiento de la gestión internacional de los asuntos ambientales. Desde su creación en 1972, el PNUMA ha impulsado el desarrollo de una conciencia global sobre la importancia de preservar y explotar de manera sostenible nuestro medio ambiente.

Sin embargo, se necesita un fortalecimiento de esta organización y de su rol dentro del sistema de las Naciones Unidas. Este fortalecimiento lo alcanzaremos si apoyamos las iniciativas que adelanta el Programa para ello y si nos comprometemos a estabilizar su base financiera con aportes adecuados y diferenciados de acuerdo al Producto Interno bruto, tal como lo ha venido haciendo Colombia.

Llamo la atención sobre la necesidad de aplicar el tema de la sostenibilidad en esta interesante discusión. Así como los recursos naturales requieren de un buen manejo que asegure su sostenibilidad, también los recursos humanos, financieros y técnicos de las organizaciones internacionales, los países y la sociedad civil en general, en la esfera del medio ambiente, deben administrarse de la mejor manera posible para llevar la protección ambiental a la práctica.

La reafirmación de nuestro compromiso con el desarrollo sostenible es indispensable, pero la madre naturaleza nos exige más. El primer paso para traducir voluntad política en realidad, en materia de protección ambiental, es poner de lado nuestros intereses personales y dejarnos guiar por el gran desafío de volver sostenible nuestra estancia en la Tierra.

Una primera aproximación a esta tarea es optar por el cambio. Si diez años de esfuerzos no han dado los resultados esperados, algo en la forma en que concebimos las soluciones no está funcionando. Una posible causa la encontramos en la desarticulada intervención de la comunidad internacional en el manejo de los asuntos ambientales.

Por esto, la ocasión es idónea para rediseñar la arquitectura gubernamental internacional en el área de medio ambiente, como parte del panorama más amplio del desarrollo. En esta dirección, debemos llegar a Johannesburgo con una agenda y un plan de acción aterrizados que llamen la atención de la población mundial y nos vuelva a poner en la ruta del desarrollo sostenible.

Por lo anterior, para mí es un honor dar inicio hoy a este Foro Mundial Ambiental a Nivel Ministerial. Espero que mis palabras los motiven a asumir la responsabilidad, pero sobre todo a aprovechar la oportunidad singular que representa estar aquí presentes, para culminar con esta reflexión la evaluación de la gestión internacional ambiental que ustedes vienen adelantando hace más de dos años. Hoy cuentan ustedes con la gran posibilidad como dirigentes de encontrar los caminos comunes. De todos nosotros depende el transformarla en acciones concretas que permitan alcanzar la meta

final detrás de este proceso: la protección de nuestro planeta y su desarrollo sostenible.

Esperamos que nuevamente nuestra bella Cartagena sea el escenario de un consenso generalizado en torno al tema ambiental que ustedes debatirán en los próximos tres días.

Permítanme terminar estas reflexiones citando, como un homenaje emocionado de la memoria, las palabras del hombre que movió mi corazón y mi mente hacia los temas ambientales, y quien fue por mucho tiempo su principal promotor en nuestro país: mi padre, el ex-presidente Misael Pastrana Borrero:

“Población, desarrollo, recursos naturales, son términos de una misma ecuación y debemos afrontarlos de manera entrelazada y conjunta. Tenemos que acordarnos en un nuevo modelo de desarrollo con capacidad de generar bienestar para todos, en armonía con la naturaleza y la justicia humana”.

¡Éxito en sus deliberaciones! Y muchas gracias.